

ARTÍCULO DE REFLEXIÓN

El discurso contemporáneo y su relación con los afectos y los objetos: una reflexión psicoanalítica

Contemporary discourse and its relation to affects and objects: a psychoanalytic reflection

Samir Ahmed Dasuky Quiceno¹ , Daniela Tamayo Lopera¹  , Ana María Castillejo Rendón¹ 

¹ Universidad Pontificia Bolivariana, Colombia.

Forma de citar: Dasuky-Quiceno, S.A., Tamayo Lopera, D., & Castillejo Rendón, A.M. (2025). El discurso contemporáneo y su relación con los afectos y los objetos: una reflexión psicoanalítica. *Rev. CES Psico*, 18(1), 139-150. <https://dx.doi.org/10.21615/cesp.7491>

Resumen

Desde diversos ámbitos sociales, incluidas algunas posturas psicológicas y psiquiátricas, se ofrecen ideales de felicidad y bienestar, con el fin de garantizar la fidelidad de los sujetos a los objetos de consumo. El psicoanálisis considera que estas ofertas son inalcanzables debido a la condición estructural que como seres hablantes nos marca: la falta. Esta falta es vivenciada por los sujetos como frustración, culpa, ansiedad y depresión, afectos que muestran lo paradójico del mundo actual, dado que, ante el imperativo de gozar sin límites con los objetos de consumo, el sujeto se encuentra constantemente con la imposibilidad. En el presente texto se expone una reflexión que pretende reconocer la nueva subjetividad producida por los discursos del capitalismo y de la ciencia, y su incidencia en los afectos, así como su relación con lo estructural del sujeto. Estos discursos imperantes que perpetúan la relación unilateral del sujeto con los objetos y no promueven formas de lazo social, conllevan a la formación de nuevos síntomas; por lo cual se concluye que es necesario diferenciar los efectos del discurso de la ciencia y del capitalismo sobre la subjetividad y los efectos venidos del inconsciente sobre el sujeto.

Palabras clave: Psicoanálisis; capitalismo; diagnóstico; sujeto.

Abstract

From various social scopes, including some psychological and psychiatric positions, ideals of happiness and well-being are offered in order to guarantee the subjects' fidelity to the consumption objects. From a psychoanalytic perspective these offers are unattainable due to the structural condition that marks us as speaking beings, namely, lack. However, this lack is experienced by the subjects as frustration, guilt, anxiety and depression; affects that show the paradoxical nature of today's world, given that, faced with the imperative of unlimited enjoyment of consumer objects, the subject is constantly confronted with impossibility. This article pretends to expose a reflection of the new subjectivity produced by the speeches of capitalism and science and their impact on the affects, as well as their relationship with the structural aspect of the subject. These prevailing discourses that perpetuate the unilateral relationship of the subject with objects and do not promote forms of social bonding, lead to the formation of new symptoms. It is concluded that it is fundamental to differentiate the effects of the speech of science and capitalism and the effects coming from the unconsciousness on the subject.

Keywords: Psychoanalysis; capitalism; diagnosis; subject.

Introducción

Hablar de subjetividad hoy conlleva a reflexionar sobre las implicaciones que tienen para los sujetos los afectos y los objetos de los que se sirven y promueven los discursos del capitalismo y de la ciencia. Estos discursos no favorecen el lazo social, por el contrario, atacan los semblantes del Otro, produciendo su fragmentación,

propiciando una relación del sujeto con el objeto: empuje al goce bajo la forma del consumo (Soler, 2015).

Los afectos son a su vez comercializados por algunos discursos *psi* que asumieron que la vía para llegar a las masas es a través de la venta de emociones. Este mercado produce unos “«hipocondríacos emocionales» constantemente preocupados por cómo ser felices” (Cabanas & Illouz, 2019, p.12); esta tendencia refuerza el imperativo de la felicidad, asociada al rendimiento y la productividad como bienes supremos del capitalismo que se sirve de los afectos para ofrecer bienestar, a través de fármacos, objetos o imaginarios que garantizan el consumo.

Los manuales diagnósticos como el *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*, 5th Edition: DSM-5 (2014) y el *International Statistical Classification of Diseases and Related Health Problems*: CIE 11 (2019/2021) son utilizados por la psicología y la psiquiatría positivistas basadas en la evidencia, para describir los afectos y categorizar las manifestaciones subjetivas como trastornos del estado de ánimo: depresión, bipolaridad, ansiedad; y trastornos en relación con los objetos de goce: trastornos parafílicos, de consumo y alimentarios, entre otros; manifestaciones que emergen en los sujetos como respuesta a la imposición de goce y el deber de ser felices (Brukner, 2000). Sin embargo, este goce infinito al cual le apuntan dichas ciencias, en maridaje con el capitalismo, reproduce constantemente la insatisfacción, dejando al sujeto expuesto, desamparado, en tanto que estos discursos no ofrecen un Otro consistente que organice el vínculo social ni regule el goce (Soler, 2015). La presente reflexión pretende interrogar el lugar de los afectos y los objetos para el mercado, así como su uso en el campo de la psicología¹ y la psiquiatría positivistas, basadas en la evidencia que, asociadas al discurso del capitalismo, borran el saber del lado del sujeto en función de ofrecer sus objetos de “curación”, como los psicofármacos, redundando de este modo en el consumo permanente.

La lectura que se hará, parte a su vez de la noción del sujeto para el psicoanálisis, es decir, que está, irremediamente, atravesado por la falta, la cual surge del encuentro con el Otro, donde emerge el objeto *a*, presentificado a través de la angustia, “que no engaña” (Lacan, 1962-1963/2006, p. 336). De allí la importancia de rastrear la angustia y el objeto *a* para la época actual, en contraste con los afectos y objetos que guían otros discursos.

Para el desarrollo de esta reflexión se presentan, en un primer acápite, los efectos de los discursos imperantes sobre los sujetos y el vínculo con los afectos y los objetos, en relación con la estructura psíquica. En un segundo acápite se expone, desde el psicoanálisis, los conceptos de deseo, objeto y pulsión, y las diferencias con el objeto de consumo. En el tercer acápite, se analiza la incidencia que tienen estas construcciones actuales de los objetos y los afectos en los diagnósticos basados en la evidencia. Este artículo reflexivo propone, entonces, una discusión que posibilite seguir articulando un saber alrededor de los efectos de los discursos sobre la subjetividad, la respuesta más íntima que tiene un sujeto para habitar el mundo social y las consecuencias que ello implica.

Los efectos de los discursos en la subjetividad y la estructura del sujeto

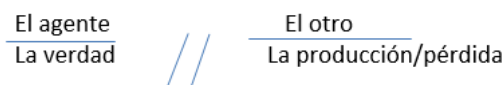
El discurso en la concepción psicoanalítica tiene como función generar lazo social y a la vez regular y ordenar el goce, que, enmarcado en cada momento histórico, promueve ciertas formas de relación intersubjetiva (Muñiz et al., 2004). Ingresar en el mundo social implica renunciar a algo de ese goce del sujeto y, posteriormente, el sujeto recupera goce de forma parcial en el discurso, que para el psicoanálisis regula las relaciones y la realidad entre los individuos (Soler, 2015).

El discurso es un concepto con el cual el psicoanálisis define la regulación del lazo social y de los cuerpos,

¹ La ley 1616 de salud mental en Colombia de 2013 afirma que las personas tienen el “Derecho a recibir la atención especializada e interdisciplinaria y los tratamientos con la mejor evidencia científica de acuerdo con los avances científicos en salud mental” (República de Colombia, 2013, p.3). Asimismo, el Colegio Colombiano de Psicólogos indica que “La Psicología es una ciencia sustentada en la investigación y cuyas prácticas se basan en la recolección explícita de evidencias comprobadas y confirmadas por la comunidad científica” (párrafo 5).

permitiendo instaurar límites y barreras al goce, pues “todo discurso es solidario de un efecto de castración” (Soler, 1993, p.115). Estar inscrito en un discurso da la posibilidad de construir un saber que, aunque inconsciente, permite dar un sentido a la existencia (Lacan, 1969/1992). Es precisamente esto lo que hoy no provee la contemporaneidad, entendida esta como la cópula del discurso de la ciencia y del capitalismo (Lacan, 1974), en tanto al no haber un saber al cual aferrarse, cada sujeto, en medio de su desamparo, busca recubrir de sentido su cuerpo, su deseo y su goce.

Para entender el concepto de discurso, se parte de las elaboraciones realizadas por Jacques Lacan (1969-1970/1992), quien construye cuatro discursos, señalados en la [Figura 1](#), con cuatro lugares y cuatro significantes: discurso del amo, discurso histérico, discurso universitario y discurso del analista.



Nota: Gerber, D. (1988). *Los cuatro discursos y la educación*: Centro de investigaciones y estudios psicoanalíticos (UNAM). p.165.

Figura 1. Los lugares del discurso.

De estos cuatro discursos, hay uno dominante, el del amo, como puede observarse en la [Figura 2](#), por su correspondencia con el discurso del inconsciente (Askofaré, 2015). Este discurso es dominante porque surge de la plataforma fundamental del lenguaje para Lacan, en tanto que un significante (S1), remite al otro significante (S2) y produce como efecto al sujeto. Además, es dominante porque el discurso del amo, por la rotación de un cuarto de círculo de los elementos, al contrario de las manecillas del reloj, da lugar a la aparición de otra configuración discursiva.



Nota: Gerber, D. (1988). *Los cuatro discursos y la educación*: Centro de investigaciones y estudios psicoanalíticos (UNAM). p.165.

Figura 2. El discurso del amo o del inconsciente.

Los discursos comparten una característica esencial: el lugar de *la verdad* permanece oculto de aquel que se ubica en el lugar *del agente*, de quien habla; como también de la *producción*, porque entre ambos hay una interdicción: la barrera del goce. Gerber (1988) señala que, al ignorar la verdad y no poder acceder a ella, los discursos nos eligen y no nosotros a ellos, lo cual implica a su vez que los efectos de la producción sean también imprevisibles.

Si bien somos elegidos, arrastrados por estos discursos, Soler señala (2015) que se requiere de un asentimiento de parte del sujeto, es decir, que los individuos no son apalabrados por cada discurso, sino que se apalabran; cada sujeto debe admitir cada discurso porque sin ello el significante no es más que un lugar vacío. El sujeto, a su vez, es la emergencia de la relación entre S1 y S2 y así “el significante, a diferencia del signo, es lo que representa a un sujeto para otro significante” (Lacan, 1969/1992, p.29), sin embargo, quedará algo imposible de representar, lo que dará lugar al objeto *a*, plus de goce, objeto irremediabilmente perdido. Es por esa ecuación que se puede afirmar entonces que la constitución del sujeto de la palabra, del *parlêtre*, va a describir la modalidad denominada discurso del amo (Gerber, 1988).

El discurso del amo antiguo se caracteriza por tener en el lugar de la verdad a un sujeto en falta, dividido, que no sabe lo quiere, “el saber, en la primera forma del discurso del amo, es la parte que le corresponde al esclavo” (Lacan, 1969/1992, p.32). El esclavo es, por tanto, quien sabe del deseo del amo. Sin embargo, por

acción de la filosofía, el amo moderno es aquel que se caracteriza por tener el saber, habiendo desposeído al esclavo de éste. Es decir, “lo que se produce en el paso del discurso del amo antiguo hasta el del amo moderno, que llamamos capitalista, es una modificación en el lugar del saber” (p.32). Este capitalismo al que se refiere Lacan es el elaborado por Marx, en el que aún hay discurso del amo en tanto se plantea una relación entre proletario y capitalista. Así, permanece la disimetría que caracteriza las relaciones establecidas en cada uno de los cuatro discursos. Sin embargo, en el capitalismo actual (segundo capitalismo), que no es el de la época de Marx, hoy llamado de consumo, se invierte en la parte izquierda los significantes, como se muestra en la [Figura 3](#); pasa el sujeto tachado al lugar del agente y el S1 al lugar de la verdad.

$$\frac{\$}{S1} // \frac{S2}{a^2}$$

Nota: Soler, C. (2007). *Declinaciones de la angustia*. Bogotá: Alforá. p.66.

Figura 3. El discurso del capitalismo.

Una de las consecuencias de este giro es que desaparece esa relación de disimetría con un Otro a quien se le demanda, como en el discurso histérico, o de quien algo se espera en un lugar de dominancia. Desaparece también la llamada barrera de goce (Lacan, 1969-1970/1992, p.113) que se encuentra en el piso de abajo, y en el discurso del amo separaba al lugar de la producción del lugar de la verdad, lo cual implica que el sujeto esté separado del objeto del cual podría gozar (Rivadero, 2014). En este segundo capitalismo, se establece una relación directa del sujeto con su objeto de goce, apareciendo así una relación circular $\$ \rightarrow a$, donde desaparece la imposibilidad (Soler, 2015a). Por eso, para Lacan (1972), dicho discurso es insostenible, pues funciona demasiado bien, “pero justamente marcha demasiado rápido, se consume, se consume tan bien que se consume” (p.13). De esta manera, el sujeto queda atrapado en un circuito sin fin, dado que el objeto genera, como lo muestra Dessal (2014) “una mezcla de placer y decepción que garantice la fidelización del sujeto al espejismo del consumo” (p.62).

Dada la satisfacción efímera proporcionada por los objetos de consumo, el mercado se sirve hoy de las emociones y las identidades imaginarias. La felicidad se promueve como una emoción para ser comercializada (Han, 2014), movilizandole toda una industria de la cual otras se benefician, por ejemplo, las farmacéuticas. La felicidad es un concepto protagónico, “hasta el punto de que lo que mueve hoy al consumidor no es ya tanto un deseo de mayor reconocimiento social, como el deseo de gestionar y controlar su vida emocional de la forma más eficiente y productiva posible” (Cabanas & Illouz, 2019, p.77).

El mercado se ha constituido como promotor de emociones y experiencias, a través de los objetos de consumo que presentan una vivencia imaginaria para el sujeto, dando lugar al reencantamiento del mundo en la creencia de que un objeto tiene un poder mágico, el *todo se puede*, representado en los pequeños dioses —objetos— con que se ha repoblado el mundo (Dessal, 2014). Es una ilusión tan bien planteada que utiliza la pregunta originaria sobre el ser, bajo la forma del uno por uno, logrando capturar el anhelo de hallar una identidad, que represente al sujeto de manera única ante el Otro.

Lo que se le escapa al consumidor es que esa misma solución, dirigida supuestamente a su situación personal, es un producto que ya ha vendido miles de copias a otros. Esta es la lógica de la globalización, entendida como “la imposición de lo mismo” (Soler, 2001, p.71), es una homogenización en los modos de satisfacción que suple la falta de significantes universales ordenados por un discurso: “a falta de los mismos ideales, los mismos objetos” (p.71). Es por ello que, este capitalismo de consumo, surgido desde los años 50, no sostiene una pareja: amo y esclavo, maestro y estudiante, capitalista y proletario. En este nuevo estadio del capitalismo —consumo— se borra la relación entre los sujetos, y el sujeto queda conectado a los objetos. Es por lo que Lacan (1974) dijo que “cada individuo es realmente un proletario, es decir, no tiene ningún discurso con qué hacer lazo social” (Lacan, p.15).

A diferencia del capitalismo clásico, el planteado por Marx, en el que el capitalista, quien poseía los medios de producción, se relacionaba con el proletario para extraerle su fuerza de trabajo, el capitalismo actual sugiere que todos los sujetos, al tener la misma causa de deseo, es decir, la plusvalía, no se relacionan más entre sí, solo se relacionan con los objetos de consumo, borrando la lucha de clases y generando la lucha de todos contra todos. La búsqueda incesante de esa plusvalía, que no se puede alcanzar porque ha sido sustraída, establece una falta-de-gozar, que se expresa en el circuito: “Hay que producir para consumir, pero hay que consumir para producir” (Soler, 2001, p.82).

Desde la sociología (Bauman, 2000) y la filosofía (Foucault, 1977), se puede pensar que es a causa de algún discurso de poder que los sujetos no logran la satisfacción plena; y aunque estos autores permiten aproximarse a lo que agudiza esa falta de gozar en el sujeto y los afectos de insatisfacción que estos producen, para el psicoanálisis la falta es estructural.

Para Zawady (2008) no se requiere solo del círculo infernal introducido por el capitalismo para perpetuar la falta de gozar, dado que el superyó representa un imperativo de goce, que se agudiza por la inexistencia de la barrera de goce, es decir, ya no está la imposibilidad de acceso al objeto de goce. Imposibilidad estructural de acceder al goce pleno, donde el sujeto se encuentra de frente con afectos como la culpa o la impotencia al no cumplir con los mandatos superyoicos. Es así como el discurso del capitalismo intenta negar la castración empujando al goce y no convoca al deseo, es decir, se produce “la disolución del estatuto deseante del sujeto bajo los imperativos mortíferos del superyó [...] ha de advertirse que si todo vale y todo es posible, el único límite es la muerte” (p.160). Si bien ya no se está bajo el yugo del amo antiguo, el superyó viene a encarnar un lugar de amo severo, un Otro, que comanda: ¡Goza!

La imposibilidad de acceder al goce se produce, según Soler (2018), tanto por la falta en ser como por la falta en gozar por efecto del lenguaje sobre el sujeto: “La falta en gozar se coloca sobre el eje de los efectos del lenguaje sobre la necesidad, de la pérdida que produce allí, y esto implica el cuerpo pulsional” (p.84). Esta pérdida originaria de goce introduce ese agujero, esa “no relación sexual”, la no complementariedad del ser hablante, para quien estaría negado ese goce alcanzable en su totalidad; pero en su lugar el ser hablante puede acceder a formas sustitutivas de goce, siempre parciales, como modos de recuperación del goce perdido.

La otra falta, la falta en ser, se relaciona con las preguntas identitarias, dirigidas al Otro, específicamente como demanda de amor. Esta falta originaria se encuentra relacionada con los significantes que se reciben del Otro que generan un residuo puesto que no todo puede ser dicho (Lacan, 1962/2006), en tanto las respuestas de éste, no colmarán la falta en ser del *parlêtre*, del *hablanteser*. El sujeto sería por tanto un emergente de la relación entre S1 y S2, pero no es ninguno de estos. De acuerdo con Pérez (2010), Lacan compara la constitución subjetiva y la naturaleza de la cebolla, ambas conformadas por un conjunto de capas superpuestas, siendo cada capa una identificación. Ahora, “si fueran retiradas una por una, se revelaría que su organización se produce alrededor de una nada, de un vacío central originario” (p.21). Así, aunque el sujeto se encuentre representado por estos significantes, siempre quedará algo imposible de representar, lo que dará lugar al objeto *a*, *plus de goce*.

La astucia del capitalismo es la de haber entendido el anhelo del sujeto por hallar ese objeto que colmara la falta en ser y la falta de gozar, sirviéndose de la insatisfacción para perpetuar los ciclos de consumo. En lugar de objetos *a*, lo que oferta el mercado son sus objetos de consumo, semblantes del *a*, que sin ser causa de deseo se tornan en causa de goce.

Sobre el deseo, los objetos y la pulsión

En los primeros momentos de su teoría, Freud (1905/1976) se refiere al objeto sexual como “la persona de la que parte la atracción sexual” (p.123), siendo la meta sexual la acción hacia la cual se dirige el empuje de la pulsión. Desde entonces reconoce que meta y objeto son los elementos más variables de la pulsión y los que presentan mayores desviaciones. Es por esto que, Freud planteará que el objeto no está de forma original

enlazado a la pulsión, lo cual implica que no existen objetos naturalmente constituidos que permitan la satisfacción pulsional.

Freud (1905/1976) entiende que el objeto sexual se encuentra inicialmente ligado a la satisfacción de la necesidad, a la cual posteriormente se liga una satisfacción pulsional, y propone que las pulsiones parciales no se satisfacen únicamente por las zonas erógenas, apareciendo también el placer de ver, de exhibirse, la crueldad, como objetos sexuales.

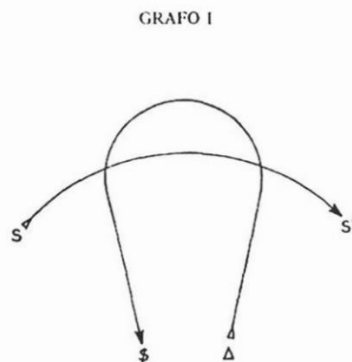
Estas satisfacciones parciales estarían presentes en los objetos de consumo, lo cual se advierte, por ejemplo, en las diversas redes sociales que evocan la pulsión escópica, satisfaciéndose en el ver y el ser visto. Así mismo, estarían los diversos objetos ofrecidos por el mercado que implican un consumo oral, tales como los alimentos, las drogas psicoactivas, los fármacos, el alcohol.

Lacan (1964/1987) indica que la persistencia de la exigencia pulsional se sostiene porque no hay objeto de la necesidad que pueda satisfacer la pulsión; “porque es pulsión parcial y porque su meta no es otra que ese regreso en forma de circuito” (p.186). Es decir, la satisfacción pulsional no está ligada a un objeto específico, sino a un empuje constante que la devuelve siempre a su punto de forzamiento donde se origina, en el cuerpo. Es por ello que, el objeto de consumo se ajusta a ser un objeto que satisface la pulsión temporalmente; y dada su cualidad de desechable, permite retornar rápidamente a la exigencia de goce de la pulsión.

La movilidad y diversidad que presenta el objeto de la pulsión está relacionada con lo que señala Dessal (2014), en tanto al no existir un objeto preestablecido para la satisfacción de la pulsión, este podrá encontrarse en múltiples formas; razón por lo que la multiplicación de objetos de consumo y su búsqueda no cesa.

Dessal (2014), comprende que, en el psiquismo, el lugar original del objeto es un lugar vacante. No habrá por tanto objeto en el mundo de la realidad que pueda llenar ese lugar vacío. Enfrentado a este vacío, el sujeto no tiene más que “experimentar su carencia como una pérdida, en lugar de una imposibilidad estructural” (p.64), procurando su recuperación en cada nuevo encuentro y experiencia de satisfacción.

En su lectura del objeto freudiano, Lacan (1956/1994) expresa que para Freud la forma de relación con el objeto está inicialmente marcada por una búsqueda de un objeto perdido, que se pretende reencontrar a través de una satisfacción pasada, generándose así una nostalgia constante en la relación del sujeto con el objeto. De la noción de objeto perdido, parte la concepción de objeto de deseo, que ha prevalecido en la lectura lacaniana. Los seres humanos, al tener que pasar por la cadena significativa no se encuentran orientados por la necesidad, lo cual ejemplifica Lacan con el grafo del deseo (ver [Figura 4](#)).



Fuente: Lacan, J. (1960/2001). Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano. En *Escritos 2*. Siglo veintiuno editores. p.784.

Figura 4. Grafo del deseo.

Para Lacan (1960/2001) “el deseo se esboza en el margen donde la demanda se desgarrar de la necesidad” (p.793), lo cual separa al deseo del imperativo de una necesidad biológica al tenerse que dirigir al Otro; es lo que se produce en ese intercambio, entre la posición primitiva del sujeto de la necesidad y las condiciones impuestas por el significante (Lacan, 1959/1999). En esta dialéctica lo que emerge es una identificación con el Otro de la demanda, por lo cual dirá Lacan (1959/1999) que “el deseo es el deseo del Otro” (p.413) y lo que soporta el deseo, a diferencia de lo que puede hallarse en la pulsión, no es el objeto, sino el fantasma/señuelo cuya función es la de dar al deseo del sujeto hablante su nivel de acomodación; por eso el deseo humano está asociado no a un objeto sino esencialmente a un fantasma (Lacan, 1959/1999). Como ya lo había planteado Freud (1895/1976), no se hace necesaria la presencia del objeto, al ser a través del objeto-recuerdo que se produce la descarga, sin embargo, “la satisfacción por fuerza faltará, porque el objeto no tiene presencia real sino solo en una representación-fantasia” (p.370).

La relación del sujeto con el deseo ha sido de utilidad para el mercado, en tanto, “si los seres humanos solo estuviesen regidos por los rigurosos imperativos de la necesidad, el capitalismo sencillamente no hubiera podido existir” (Dessal, 2014, p.66). Lo que distingue los objetos de consumo es la envoltura imaginaria caracterizada por una reciprocidad y una identificación con el objeto de satisfacción. De acuerdo con Lacan (1956/1994), allí no se produce una metáfora que trascienda hacia la relación con el otro. De esta manera, los objetos de consumo se asemejan más a un objeto fetiche, objeto inanimado que el sujeto considera más satisfactorio en tanto no va a decepcionarle.

Para Lacan (1956), todo objeto tiene como función enmascarar, a manera de protección, la angustia, y el objeto fetiche logra esto con mayor efectividad. Esto es lo que alcanza temporalmente el objeto de consumo como objeto fetiche de satisfacción,

de allí que el objeto de consumo actual, programado no solo para caducar en su materialidad física sino fundamentalmente en su valor imaginario de fetiche, es el señuelo ideal para ofrecerle al deseo puesto que posee la propiedad mágica indispensable: una exacta mezcla de placer y decepción que garantice la fidelización del sujeto al espejismo del consumo (Dessal, 2014, p.62).

En esta relación imaginaria con el consumo, es la frustración la que prima ante la falta que instaura el circuito de la lógica capitalista. Así mismo, emergen la tristeza, la depresión, la ansiedad, la desilusión como afectos que, desde ese mismo orden imaginario, surgen de las múltiples decepciones que acontecen frente a la falta de satisfacción implicada en la relación con un objeto de consumo.

Además de la proliferación de estos afectos del lado de lo imaginario, es posible encontrarse con la angustia situada, entre lo real y lo imaginario (Lacan, 1974a), como ese afecto que acompaña la relación del sujeto con los objetos de consumo. Esto es precisado por Soler (2004) cuando señala que el objeto causa de deseo no es causa de la angustia. Esta última aparece cuando ese espejismo de la envoltura imaginaria se disuelve por la cercanía con el objeto *a*.

Sobre los afectos y los objetos en el diagnóstico

Las relaciones que establecen los sujetos con los objetos traen consigo el despliegue de múltiples afectos, los cuales se han utilizado desde el discurso capitalista para la venta de productos (Han, 2014). También los afectos y la relación del sujeto con los objetos de consumo están presentes en los manuales diagnósticos basados en la evidencia que favorecen la proliferación de diagnósticos en salud mental (Davies, 2022).

Es así como los afectos de los que más se tiene noticia en la actualidad están situados en las relaciones de los sujetos con los objetos, incluido allí el semejante, en términos de lo expectante de su búsqueda, de la novedad y finalmente de lo desechables que estos objetos llegan a ser. Los efectos de esta precariedad implican, en la dimensión imaginaria, múltiples afectos como el agotamiento, el malestar, la frustración y el desamparo frente a los modos de gozar. El afecto que por excelencia representa al mundo actual es la depresión, situada en el

registro imaginario de acuerdo con Izcovich (2005), en tanto lo que se juega está en relación con los semblantes, por lo cual aparecen quejas de incapacidad, desvalorización de sí mismo, inhibiciones en lo sexual y lo laboral, que dificultan el acceso a la posición deseante.

Los manuales diagnósticos, ya mencionados, están situados en el campo de lo imaginario, donde proliferan las categorías diagnósticas debido a la multiplicidad de afectos y objetos que se inscriben en dicho registro. Por un lado, se presentan los trastornos en los que prevalece el afecto, tales como: trastornos bipolares; depresivos y de ansiedad. En estos casos, se puede observar como un mismo afecto puede pasar de un significativo al otro, dado que lo que varía es meramente un comportamiento, su intensidad o temporalidad. Ello implica, por ejemplo, que la tristeza pueda ser diagnosticada de múltiples maneras porque como lo indica Izcovich (2005), “los afectos engañan en la medida en que son utilizados como unidades aptas para la comprensión” (p.44).

Freud (1915/1976), con respecto al agente representante de la pulsión, plantea que existe una transformación de la pulsión y asimismo de los afectos; y muestra como, por ejemplo, el amor puede mudarse en odio, ante la pérdida del objeto, o por su relación con la etapa sádica el odio cobra un carácter erótico. Resultan entonces poco confiables los afectos como aquellos que permiten abordar las causas del malestar subjetivo o establecer un diagnóstico, en tanto estos pueden transformarse desde sus orígenes pulsionales. En este sentido, para Soler (2011), por más desgarrador que sea un afecto para un sujeto, éste no guía la interpretación, en tanto los síntomas, más allá de los afectos que suscitan, son, desde Freud, formaciones del inconsciente.

A su vez, aparecen en las clasificaciones diagnósticas trastornos en los que lo principal será la relación con el objeto: trastornos relacionados con el consumo de: alcohol, cafeína, cannabis, alucinógenos, opiáceos, tabaco; además de trastornos alimentarios (anorexia nerviosa, bulimia nerviosa, trastorno por atracón); trastornos de la excreción (enuresis y encopresis); y trastornos parafilicos (voyeurismo, exhibicionismo, fetichismo, pedofilia, masoquismo). Lo que allí se diagnostica es una fijación a una modalidad de goce con un objeto de consumo, asumiendo además que existen unos modos de gozar más aceptables que otros. Para Freud (1905), fijación y exclusividad constituyen caracteres que determinan el fetichismo, y si se considera que el objeto de consumo se asemeja más a un objeto fetiche, se estaría diagnosticando a los sujetos, paradójicamente, por gozar como se le incita a gozar en el discurso capitalista. Considerar el objeto como malo en sí mismo, sin profundizar en aquello que causa su fijación, su goce, implica, en primer lugar, una categoría moralizante. En segundo lugar, el sujeto es forluido en tanto lo que interesa es el objeto, no la pregunta sobre la relación singular que allí se establece.

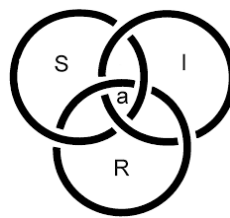
A diferencia de los otros afectos que guían los diagnósticos psiquiátricos, el psicoanálisis considera la angustia como el único afecto, índice de lo real, que no engaña. Aunque el discurso puede generar una respuesta de angustia ante la precariedad de los lazos y las formas de satisfacción que promueve, es importante señalar que la angustia daría cuenta también de lo que escapa de estos factores externos. Frente a la angustia “el psicoanálisis se interroga, aún, sobre su vínculo eventual con el inconsciente” (Soler 2015, p.9).

Freud (1927/1976) aclara que “la angustia es la reacción originaria frente al desvalimiento en el trauma, que más tarde es reproducida como señal de socorro en la situación de peligro” (p.156). Este trauma originario está en relación con ese desamparo que implica ser arrojado al mundo sin Otro y posteriormente con exigencias pulsionales que no pueden ser representadas ni satisfechas a causa de la condición prematura del cuerpo. Esto diferencia un trauma que da cuenta de una angustia que es estructural, de aquellos traumatismos generadores de angustia que vienen del discurso. Soler (2015) subraya que ese lazo entre trauma/angustia incluye al sujeto, por lo cual “no hay ninguna percepción de peligro, incluso de peligro exterior, que no implique el reconocimiento de su relación a una situación de desamparo anteriormente vivida” (p.48).

Aunque se nombre la angustia en singular, las formas en las que esta se presenta son variables. Una de ellas estaría promovida por la culpa, relacionada íntimamente con el superyó. La culpa está enlazada con el Otro, con sus ideales y sus normas, por lo cual se modifica de acuerdo con los discursos de cada época (Soler 2004).

Antes un sujeto se podía sentir culpable de haber tenido relaciones por fuera del matrimonio. Hoy en día atendemos, cada vez menos, a una culpa relacionada con la voz del Otro, o la voz de Dios; y atendemos más a una voz que toma la forma imaginaria y desplazada hacia el imperativo de goce promovido por el capitalismo. Una voz que, ligada a la voz del superyó, dicta ¡goza! de manera incesante (Zawady, 2008). La angustia vendría a generarse ante la imposibilidad que ello representa en tanto “el goce está prohibido a quien habla como tal [...] no puede decirse sino entre líneas para quien quiera que sea sujeto de la ley, puesto que la ley se funda con esa interdicción misma” (Lacan, 1960/2001, p. 781).

Ahora bien, como lo formula Lacan (1962-1963/2006), la angustia no es sin objeto, por tanto “la manifestación más llamativa de este objeto *a*, la señal de su intervención, es la angustia” (p. 98). Si la angustia es relevante en la relación del sujeto con los objetos y los afectos, ¿cuál sería la importancia del objeto *a* en dicha relación? En la [Figura 5](#) aparece graficado dicho objeto *a* en relación con los tres registros, real, simbólico e imaginario:



Nota: Adaptado de Blog de wordpress.com (2015)

<https://jennil88.wordpress.com/2015/03/06/el-nudo-borromeo-lacaniano/>

Figura 5. Nudo borromeo.

Como puede observarse en la Figura 5, Lacan ubica el objeto *a* en el centro del nudo borromeo y, por tanto, el objeto relacionado con la angustia puede tener consistencia tanto imaginaria como simbólica o real (Soler, 2004). La angustia no devela simplemente la relación con los objetos del mercado, sino el punto en que esta se instala en alguno de los entrecruzamientos de los tres registros con el objeto *a*, donde se revela el plus de gozar pulsional (Soler, 2007).

Para un sujeto el objeto *a* puede tomar múltiples vías, que no deben confundirse en su presentación fenomenológica, sino en su valor estructural. Una de estas maneras es la lectura de la histeria clásica de Freud que hace Lacan (1957-1958), al tomar *el sueño de la bella carnífera*, para mostrar cómo esta mujer toma la falta como objeto, en tanto procura mantener su deseo insatisfecho, en lugar de tomar el objeto del deseo. En otras ocasiones la histérica puede representarse como el objeto abandonado, destituido, lo que se observa en ciertas formas de la anorexia: un sujeto que se reduce al objeto oral. Esta reducción puede prestarse a equívocos a nivel estructural, confundiéndose con la identificación al objeto desecho, que estaría del lado de la melancolía, como lo advierte Soler (2004).

En estos casos señalados, la angustia emerge como la certeza de saberse objeto para el Otro, en la depresión sería una respuesta frente al enigma que representa el deseo del Otro. El sujeto depresivo de la época actual se identifica, como la histérica, a la falta como objeto al negarse al deseo, una forma de mantenerse alejado de lo simbólico, estando en el polo del goce. La depresión así planteada sería equivalente a la inhibición desde lo que plantea Freud, que no constituye un síntoma propiamente dicho, al no haber un sujeto que se interroga por su causa. Expresa Izcovich (2005) que estas inhibiciones están desconectadas del inconsciente, en tanto el síntoma, como repetición, implica una dimensión enigmática.

Sin embargo, el paso por la angustia permitiría interrogar dicha posición de objeto y de goce para pasar posteriormente a una posición deseante. En este sentido, mientras en otros campos de la salud mental, la angustia, en sus diversas manifestaciones, debe ser suprimida, el psicoanálisis la considera como la posibilidad que tiene el sujeto de preguntarse por su relación singular con el deseo.

Es por lo que, desde la perspectiva psicoanalítica, se busca enlazar la angustia y la relación particular con los modos de goce y el objeto, al síntoma. En este sentido, los síntomas tienen un valor de verdad, aunque se represente bajo una máscara como la depresión, la anorexia o la adicción.

Conclusiones

Exponer algunas coordenadas de la contemporaneidad a partir del discurso capitalista y el de la ciencia, permite comprender los efectos en la subjetividad que de allí emergen. Como sujetos del lenguaje, la completud y la felicidad plena no son posibles, en tanto la demanda al Otro introduce, necesariamente, un efecto de falta, algo que no puede ser dicho y, por tanto, no podrá nunca ser brindado por el Otro, quien también está atravesado por su propia falta. Ante los mandatos de goce que implica el mundo capitalista, los sujetos contemporáneos viven cada vez más esa imposibilidad de acceso a la plenitud, y viven dicha imposibilidad desde la culpa, la impotencia y la depresión, este último como el afecto por excelencia que representa al mundo contemporáneo.

De otro lado, en la contemporaneidad, los objetos de consumo adquieren también un lugar protagonista en la vida de los sujetos, en tanto lo que se promueve en estos discursos contemporáneos es un acceso directo y constante al goce que dichos objetos suponen. Para el psicoanálisis, la relación singular que los sujetos establecen con los objetos de goce no son simples consecuencias de lo promovido por un discurso, lo cual permite hacer lecturas que, desde lo estructural, posibiliten, por ejemplo, comprender la fijación a ciertos objetos y el consecuente malestar. A su vez, una lectura desde esta perspectiva lleva a comprender las formas en que estas dinámicas de los discursos actuales se han perpetuado, al haber comprendido y explotado la búsqueda permanente que hacen los sujetos por ese objeto de satisfacción que se supone perdido.

Hoy se atiende a modos de goce de cada sujeto con su propio objeto, como pueden ser la anorexia y las toxicomanías. Aparecen entonces sujetos que rompen su vínculo con el otro, como respuesta a las inconsistencias del Otro, que no promueve formas de lazo social, y por tanto no se hacen lazo entre los cuerpos (Soler, 2003). Se podría considerar que esta inconsistencia del Otro da lugar a expresiones afectivas y a nuevos síntomas, quedando los sujetos anclados en su propio goce que, al estar cada vez más ligados a la lógica del consumo, no llaman al desciframiento del inconsciente, sino que se trata del empuje al goce, del pasaje al acto (Soler, 2003).

Así como los discursos que hoy priman han otorgado a los afectos y a los objetos un lugar privilegiado, aquellos discursos que se ocupan de la salud mental no han sido ajenos a la influencia de los primeros. Es así como el establecimiento de estos diagnósticos resulta problemático en tanto no se diferencia síntomas y afectos como efecto discursivo de aquello singular para un sujeto. Es relevante entonces preguntarse si a partir de los afectos y los objetos puede realizarse un diagnóstico que implique al sujeto, dado que el desplazamiento de estos dos elementos (afectos y objetos) en el psiquismo implica un desconocimiento de su punto de causa. Es decir, que, al diagnosticar solo en función de un afecto, como la tristeza, podría estarse desconociendo que esta se encuentra enlazada inconscientemente con otras representaciones, por ejemplo, se puede estar triste por algo distinto a lo que el sujeto enuncia conscientemente. Asimismo, los afectos se pueden mudar, por ejemplo, el amor se puede convertir en odio.

Aunque para el psicoanálisis la angustia no engaña porque a diferencia de los otros afectos, no se desplaza por su relación con lo real, las diversas formas que esta toma en la actualidad, la hacen susceptible de interpretaciones confusas que dificultan precisar los diagnósticos. Es decir, también habría allí que considerar, que “las nuevas ocasiones de angustia” (Soler, 2004, p.130), pueden enmascarar severamente un malestar subjetivo, presentificando así formas enigmáticas del síntoma. Ejemplo de ello son los casos de anorexia en los que el sujeto se angustia por su imagen, pero esta puede ser la fachada de la angustia frente al deseo materno voraz.

Lo mismo ocurre con el objeto que hace presente la angustia, el objeto *a*, por lo cual es conveniente considerar

las formas de angustia que emergen alrededor de las relaciones singulares que establecen hoy los sujetos con sus objetos. De esta manera las formas de goce con un objeto, por ejemplo, en las toxicomanías, la ludopatía, la bulimia, entre otros, muestran la relación cerrada del sujeto al objeto de consumo, quedando reducido a un cuerpo de goce sin el otro. Asimismo, esta relación sujeto-objeto problematiza los diagnósticos que se realizan en relación con el objeto de consumo, por su constante posibilidad de cambio y sustitución, y no en la posición del sujeto frente al objeto de goce, la cual a nivel inconsciente no tiene esa capacidad de variación, siendo más estable la posición del sujeto en relación con éste. Es decir, por ejemplo, habría que pensar si el sujeto se asume en una posición de sometimiento o de agresión, frente a sus objetos de satisfacción, lo cual dará una forma singular a través de la cual el sujeto se relaciona con sus objetos, con otros y con el mundo.

Referencias

- American Psychiatric Association (2014). *DSM-5. Diagnostic and statistical manual of mental disorders* (5th Edition). Author.
- Askofaré, S. (2015). Figuras contemporáneas del discurso: síntoma, superyó y lazo social. *Desde el Jardín de Freud* 15, 115-121. <https://doi.org/10.15446/dfj.n15.50534>
- Bauman, Z. (2000). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Gedisa
- Bauman, Z., & Dessel, G. (2014). *El retorno del péndulo. Sobre el psicoanálisis y el futuro del mundo líquido*. Fondo de Cultura Económica.
- Bruckner, P. (2000). *La euforia perpetua: sobre el deber de ser felices*. Tusquets Editores.
- Cabanas, E., & Illouz, E. (2019). *Happycracia. Como la ciencia y la industria de la felicidad controlan nuestras vidas*. Paidós.
- Colegio Colombiano de Psicólogos. (2021). Sobre la práctica basada en la evidencia en psicología. <https://www.colpsic.org.co/wp-content/uploads/2022/03/Comunicado-a-la-opinion-publica-intrusismo.pdf>
- Davies, J. (2022). *Sedados: como el capitalismo moderno creó la crisis de salud mental*. Ed. Capitán Swing.
- Deby, J. (6 de marzo de 2015). El nudo borromeo lacaniano. El nudo borromeo. <https://jennijl88.wordpress.com/2015/03/06/el-nudo-borromeo-lacaniano/>
- Freud, S. (1895/1976). Proyecto de psicología. En Strachey, J. (ed.), Etcheverry, J. (trad.), *Obras completas* (vol. I, págs. 323-465). Amorrortu.
- Freud, S. (1905/1976). Tres ensayos de teoría sexual. En Strachey, J. (ed.), Etcheverry, J. (trad.), *Obras completas* (vol. VII, págs. 117-223). Amorrortu.
- Freud, S. (1915/1976). Pulsiones y destinos de pulsión. En Strachey, J. (ed.), Etcheverry, J. (trad.), *Obras completas* (vol. XIV, págs. 105-134). Amorrortu.
- Freud, S. (1927/1976). Inhibición, síntoma y angustia. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. XX, págs. 73-161). Amorrortu.
- Foucault, M. (1977). *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad de saber*. Siglo XXI.
- Gerber, D. (1988). *Los cuatro discursos y la educación*. Centro de investigaciones y estudios psicoanalíticos (UNAM).
- Han, B-Ch. (2014). *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Herder.
- Izovich, L. (2005). *Depresión, síntoma y angustia*. En *la depresión en la modernidad*. Universidad Pontificia Bolivariana.
- Lacan, J. (1956/1994). La relación de objeto. En *El Seminario 4*. Paidós.
- Lacan, J. (1957-1958/1999). Las formaciones del Inconsciente. En *El Seminario 5*. Paidós.
- Lacan, J. (1958-1959/1999). El deseo y su interpretación. En *El Seminario 6*. Paidós.
- Lacan, J. (1960/2001). Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano. En *Escritos 2*, (págs.773-808). Siglo veintiuno editores.
- Lacan, J. (1962/2006). La angustia. En *El Seminario 10*. Paidós.
- Lacan, J. (1964/1987). Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. En *El Seminario 11*. Paidós.
- Lacan, J. (1969/1992). El reverso del psicoanálisis. En *El Seminario 17*. Paidós.
- Lacan, J. (1972). Conferencia *Del discurso psicoanalítico*, 12 de mayo de 1972. Milán.
- Lacan, J. (1974). Conferencia *La Tercera*. Dictada en Roma, 1 de noviembre de 1974. VIIº Congreso de la École Freudienne de París. Publicado por vez primera en las *Lettres de l'École freudienne*, 1975, nº 16, págs. 177-203.
- Lacan, J. (1974a). *RSI*. En *El Seminario 22*. Psikolibro.
- República de Colombia. (2013). Ley de Salud Mental: Ley 1616, 21 de enero de 2013. DO. Nº 48680.
- Muñoz, O., Dasuky, S., Ortega, J. (2004). El discurso del capitalismo y de la ciencia en las nuevas formas del conflicto. *Escritos*, (12) 29, 490-510.
- Pérez, J. (2010). Singularidad subjetiva e identificación. En Pérez, J. et al. (2011) (eds.), *Clínica y teoría de las identificaciones* (pp.19-30). Nel Medellín.
- Rivadero, S. (2014). *Acerca del goce sexual: ¿falta de deseo? Imago Agenda*, 184.
- Soler, C. (1993). *Estudios sobre las psicosis*. Manantial.
- Soler, C. (2003). *La querella de los diagnósticos*. Letra

Viva.

Soler, C. (2004). *Declinaciones de la angustia*. Curso 2000-2001. Collège Clinique de Paris. Librería Xoroi.

Soler, C. (2007). *A qué llamamos perversión*. Edición Foros del Campo Lacaniano.

Soler, C. (2011). *Los afectos lacanianos*. Letra Viva.

Soler, C. (2015). *De un trauma al Otro*. Asociación Foro del Campo Lacaniano de Medellín.

Soler, C. (18 de abril de 2015a). Apalabrados por el capitalismo. [Discurso principal]. Conferencia de V Jornada de Clínica de Adultos I. Universidad de Buenos Aires.
<https://www.youtube.com/watch?v=fBz0WBdKMW>

Soler, C. (2018). *Hacia la identidad*. Edición Foros del Campo Lacaniano.

World Health Organization. (2019). ICD-11 for mortality and morbidity statistics. Retrieved at <https://www.who.int/classifications/icd/en/>

Zanchettin, J. (2014). Tesis doctoral: la invención de nuevos dispositivos: el “montaje del marco de la escena” en una clínica de la “esquizofrenia”. Recuperado de:
<http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/45834>

Zawady, D. (2008). La loca astucia de la voz del superyó en el imperativo capitalista del consumo. Revista *Desde el Jardín de Freud*, (8), 141-166, <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/24408>